

PERIODICALS

PER
BX
1427
.A1
P483
no.
69-145

LIBRARY OF PRINCETON

APR 13 2004

THEOLOGICAL SEMINARY

PER BX1427.A1 P483

Pentecostes.



Digitized by the Internet Archive
in 2016

<https://archive.org/details/pentecostes1331apos>

LAP



“ PENTECOSTES ”

3a. Época. Octubre 1º de 1955 Núm. 133.



Del Espíritu del Apostolado de la Cruz

ES PRECISO ante todo que nos convenzamos de esta verdad fundamental: *la vida cristiana es una vida de sacrificio.*

El cristiano se llama cristiano, no sólo porque es discípulo de Cristo, sino sobre todo, porque *vive la misma vida de Cristo.* El Cristianismo, más que una doctrina que hay que profesar, es *una vida que debemos vivir.*

Ser cristiano es participar de una manera, no alegórica ni figurada, sino real —aunque misteriosa— de la vida misma de Cristo.

Para comprenderlo mejor, consideremos las diferentes clases de vida que hay en el hombre.

Tiene, desde luego, la vida que le es común con las plantas, con los vegetales, y que por eso se llama vida vegetativa: el hombre, como las plantas, se nutre y se desarrolla. Esta es la vida más rudimentaria e imperfecta.

Viene en seguida la vida animal: el hombre, como los animales, siente y se mueve. Es la vida sensitiva o animal, superior a la vida vegetativa. Esta está incluida en aquélla, porque el animal no sólo siente y se mueve, sino también crece y se desarrolla.

En tercer lugar, tenemos la vida propia del hombre, la vida racional o intelectual, vida que también podríamos llamar angélica, porque aunque el ángel no ratiocine, pero conoce intelectualmente como el hombre. Esta vida consiste en conocer la verdad, en amar el bien y en ser libres.

Así es el hombre en el orden natural está dotado de esa triple vida: vegetativa, sensitiva e intelectual. Pero le plugo

124-142 211-212-213-214

a Dios elevarlo a un orden inmensamente superior, a un orden divino o sobrenatural, comunicándole su misma vida divina. Para realizar este prodigio, Dios creó un ser misterioso, la GRACIA, que siempre va acompañada de las virtudes infusas y de los Dones del Espíritu Santo.

La gracia es un ser creado, pero que, sin embargo, nos diviniza, es decir, por ella Dios nos comunica su propia naturaleza en cuanto una criatura puede recibirla. Y por las virtudes infusas y los Dones del Espíritu Santo, Dios nos comunica su propia vida, en cuanto lo permiten los límites de un ser creado.

La vida de Dios es conocimiento y amor, luz y fuego; conocimiento que engendra una idea infinita, una palabra personal; amor infinito y personal también, que une al que conoce y al conocido, al Padre y al Verbo, en la unidad perfecta del Espíritu Santo. La vida íntima de Dios es la vida trinitaria, es la vida familiar y social entre el Padre el Hijo y el Espíritu Santo.

Por las virtudes infusas —especialmente por las virtudes teologales— y los Dones del Espíritu Santo, participamos de esa vida trinitaria, porque conocemos a Dios como Él se conoce y lo amamos como Él se ama.

Lo conocemos por la fe que es ya "*la sustancia de las cosas invisibles que esperamos —sperandarum substantia rerum non apparentium (1)*". Pero la fe es transitoria y debe transformarse en la visión beatífica; conoceremos entonces a Dios cara a cara, sin velos, sin misterios, como Él es, "*videbimus eum sicuti est (2)*". De todos modos, la fe es una imagen del Verbo, un reflejo de la Luz increada, sobre todo cuando se perfecciona por los Dones intelectuales de ciencia, de entendimiento y principalmente de sabiduría. Entonces la fe se convierte en contemplación infusa que "*escruta las profundidades de Dios (3)*", "*que saborea las cosas celestiales (4)*", que nos introduce en el vestíbulo del cielo.

Amamos a Dios por la caridad que es una imagen cada vez más perfecta del Espíritu Santo, que nos une a Dios con amor de amistad, amor mutuo y recíproco; amor que no es transitorio, como la fe y la esperanza, sino inmortal como Dios, "*Caritas nunquam excidit (5)*". La caridad de la tierra y la caridad del cielo, la caridad de los que peregrinamos todavía en la tierra y la caridad de los bienaventurados en el cielo es sustancialmente una misma. Sólo se distinguen, porque la del cielo se ha despojado ya de las imperfecciones y de las miserias del destierro.

Pero cuando la fe se transforma en contemplación, la caridad se convierte en un amor infuso que triunfa de todas las vicisitudes de la vida y une inseparablemente con Dios. Por eso

San Pablo podía lanzar este desafío: “¿Quién me podrá separar de la caridad de Cristo (6)?”. En estas alturas, los místicos pueden afirmar sin impérbole que “*aman con el Corazón de Dios*”, que “*aman con el Espíritu Santo*”.

He ahí, esbozado apenas, cómo la gracia de las virtudes y de los Dones nos hacen participar de la vida divina.

* * *

Pero para darnos mejor cuenta de esta vida sobrenatural, debemos considerar que no la recibimos directamente de Dios, sino por el Mediador único y necesario, Jesucristo; por ser Dios, es la causa de esa vida; por ser hombre, nos la ha merecido con su pasión y muerte. Por tanto, en Jesucristo está la vida sobrenatural como en su fuente, de ahí —por María— se derrama en cada uno de nosotros.

Así, por ejemplo, el corazón recibe toda la sangre y después la lanza a todo el organismo para vivificarlo; así el cerebro contiene todos los centros del sistema nervioso y de allí parten ramificaciones por todo el cuerpo para darle sensibilidad y movimiento.

En Jesucristo, pues, está toda la plenitud de la gracia y de esa plenitud desbordante recibimos todos la vida sobrenatural, “*de plenitudine ejus omnes nos accepimus (7)*”; y así como un miembro no puede vivir si está separado del cuerpo, así un alma separada de Cristo está muerta para Dios.

De aquí se desprende que no es una exageración ni un modo de hablar metafórico sino una gran realidad que nos enseña la fe, afirmar que Jesucristo es nuestra vida. “*Mi vida es Cristo (8)*”, afirmaba San Pablo, y San Agustín dice que la misma gracia que constituye a Jesucristo, Cabeza de su Cuerpo Místico, es la que nos constituye a nosotros miembros de ese mismo Cuerpo.

En la vida natural, cada uno de nosotros vive por su alma, que es el principio de vida; si el alma se separa del cuerpo, éste queda reducido a un cadáver: tiene ojos y no ve, oídos y no oye, pies y no anda. En esto exactamente consiste la muerte, en que el alma se separa del cuerpo.

Pues bien, de la misma manera, la vida sobrenatural tiene un principio vital que es Jesucristo; si nos separamos de Él, estamos muertos, y la muerte del alma puede ser eterna. Pero nadie, si nosotros no queremos, nos puede arrebatarnos esta vida.

* * *

De todo lo dicho se desprende que la vida cristiana, o sea la vida sobrenatural, no es otra cosa que *la vida de Jesucristo*

en nosotros y que la condición necesaria para vivirla es estar unidos a Él.

Así llegamos a esta segunda verdad que es fundamental para nuestro propósito: si la vida del cristiano no es otra cosa que la vida de Cristo, para conocer en qué consiste la vida cristiana, su carácter distintivo, sus deberes, etc., no tenemos otra cosa que hacer sino estudiar la vida de Jesucristo; y lo que ésta sea, eso debe ser la vida de un cristiano, guardadas las debidas proporciones. Lo que hay de fundamental en Cristo, lo que constituye su vida, lo que la compendia y explica, eso mismo debe ser lo fundamental en la vida del cristiano y lo que compendie todos sus deberes.

Ahora bien, el carácter distintivo de la vida de Cristo es EL SACRIFICIO, luego la vida del cristiano debe ser una VIDA DE SACRIFICIO, como lo decíamos al principio.

J. G. TREVIÑO, M.Sp.S.



(1) Hebr., XI, 1. — (2) I Joann., III, 2. — (3) I Cor., II, 10. — (4) Col., III, 2. — (5) I Cor., XIII, 8. — (6) Rom., VIII, 35. — (7) Joann., I, 16. — (8) Phil., I, 21.

P E N T E C O S T É S

REVISTA MENSUAL

Dirigida por los Misioneros del Espíritu Santo.

ORGANO DE LOS APOSTOLADOS DE LA CRUZ Y DEL ESPIRITU SANTO

DIRECTOR RESPONSABLE: J. G. TREVIÑO

Ap. N° 1580. Ofic.: Madero 42-31. Tel. 35-00-99. México 1, D. F.

Suscripciones: por un año \$ 2.00. Número suelto \$ 0.20. En el extranjero: Dlls. 0.25. A los Agentes les hacemos descuentos especiales. A la persona que nos coloque 5 suscripciones, pago adelantado, le obsequiamos una por un año.

Registrado como artículo de 2ª clase en la Oficina de Correos de México, el 27 de abril de 1937.



El Apostolado de la Cruz y la Oración

LAS OBRAS de la Cruz han brotado del Corazón de Dios como un medio de perfección para las almas.

En el ambiente que se respira en nuestros días, todavía hay almas que aspiran a la perfección. Cualquiera persona diría, al considerar las cosas superficialmente, que ha muerto en el fondo de nuestro espíritu la aspiración a algo mejor y más elevado; pero cuando se desciende de la superficie a la profundidad de las almas, se encuentra que todavía existen muchas que en verdad aspiran a la perfección.

No todas las plantas que brotan en el fango están contaminadas, no todas las almas están enteramente al ras de la tierra, todavía hay aspiraciones a algo superior: para esas almas, sobre todo, existen las Obras de la Cruz.

Ese fue el designio de Dios cuando dejó escapar de su Corazón este don divino, cuyos frutos saborean en nuestros días muchísimas almas, porque su doctrina es por excelencia santificadora.

Dentro de este tema, quiero decir algo que concretaré en estas dos ideas: *el Apostolado de la Cruz es un medio eficaz para hacer oración*; así mismo, *la oración es el mejor medio para comprender el Apostolado de la Cruz*.

* * *

Ya conocemos lo que es el Apostolado de la Cruz, solamente quiero, ante todo, dar alguna idea acerca de la oración.

La oración, no es únicamente ese conjunto de plegarias que brotan de nuestros labios todos los días; la oración no es principalmente la consideración o el discurso que hacemos algunas veces delante de Dios. Puede ser que algunas veces nuestros labios murmuren, no una sino varias plegarias, y sin embargo no hayamos hecho oración; puede ser que expresemos conceptos elevados delante de Dios, y sin embargo no hayamos hecho oración.

La oración es ante todo el trato con Dios y mejor aún, como decía graciosamente Santa Teresa de Jesús: es *“la conversión que sostenemos con Aquel que sabemos que nos ama”*;

conversación en la que intervienen Dios y el alma y que tiene como sello característico y sabor particular, el amor.

Así conversan dos amigos, dos personas que se aprecian, y ponen en ese intercambio de pensamientos y sentimientos, un poco o un mucho de amor.

Cuando el alma realiza esto con Dios, cuando llega a ese contacto espiritual entre la criatura y el Creador, por medio de la fe y, sobre todo, por medio del amor, podemos decir que esa alma hace oración.

Hecha esta aclaración previa, pasemos ahora a exponer cómo el Apostolado de la Cruz es un medio eficaz para hacer oración.

El Apostolado de la Cruz persigue dos cosas: trata de purificarnos, descubriéndonos el valor del sufrimiento, y se esfuerza en dar un consuelo a Nuestro Señor con su actitud amorosa ante el sufrimiento.

Cuando se comprende el valor del sufrimiento en la vida cristiana, se le acepta primero con resignación, al fin con amor. Ese dolor, vivido así, purifica, desprende, dispone en una palabra el alma para la oración. Basta que recordemos aquellas palabras de Jesucristo: *“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”*. Es la condición indispensable para que el alma pueda contemplar a Dios y ponerse en contacto con Él por medio de la oración. Es necesario que el alma se eleve por el desprendimiento y por el olvido de sí misma, y lo consigue por la aceptación de aquella palabra de Jesucristo: *“El que quiera venir en pos de Mí, que se niegue a sí mismo, tome su Cruz y me siga”*.

Así es como el Apostolado de la Cruz, es, para toda alma que vive de su espíritu, el medio eficaz para llegar a la oración, porque la desprende de las criaturas y le permite elevarse hasta Dios.

* * *

Así pues, el Apostolado de la Cruz nos lleva a la oración; pero al mismo tiempo, la oración nos sirve para comprender mejor el Apostolado de la Cruz. Porque a la luz de la oración es como llegamos a descubrir las riquezas que encierra el dolor: su necesidad, su valor, sus frutos riquísimos.

Quizá muchas almas se turban ante la invitación para pertenecer a las Obras de la Cruz, porque ante sus ojos no surge sino la idea aterradora de una cruz que van a cargar en todas sus formas.

Cuántas veces las almas se expresan de esta manera: *“Si entro a las Obras de la Cruz van a llover sobre mí un sinnúmero de sufrimientos; tengo el presentimiento de que Dios me va a mandar muchas penas”*. esta es una aprensión y un temor inútiles, porque es evidente que el dolor es algo imprescindible en nuestra vida. Nos podrá faltar todo, menos el sufrimien-

to; en este peregrinar por el mundo, a medida que nos adentramos en el sendero de la existencia, nos vamos quedando solos; poco a poco van desapareciendo todos los que ayer en una forma o en otra nos habían rodeado; al fin, nos vemos completamente solos. Pero siempre estará a nuestro lado Dios, que nunca nos abandona, y el sufrimiento que va siempre con nosotros hasta la última morada de la vida.

Con cuánta verdad podríamos decir que la vida no es otra cosa que una cadena de lágrimas, cuyo primer eslabón es la lágrima del niño y el último, la lágrima del sepulcro: esta es la consecuencia del pecado de nuestros primeros Padres y de nuestros propios pecados.

Dios impuso al hombre tres castigos como consecuencia del pecado: el trabajo con el sudor de la frente; el dolor en sus múltiples formas; y por último, la muerte. Y esos castigos van con nosotros toda la vida: el trabajo y el dolor son algo imprescindible, tenemos que trabajar y tenemos que sufrir, para morir al fin.

El Apostolado de la Cruz viene a decirnos la manera cómo debemos llevar esa Cruz, es decir, no sólo con resignación, sino por amor, y a unir nuestros sacrificios al gran Sacrificio de Jesús en el Calvario y en los altares, para bien de las almas y sobre todo de las almas consagradas a Dios en el Sacerdocio.

Aquí está toda la hermosura de las Obras de la Cruz, que no es sólo la Cruz escueta que se levanta en todas las encrucijadas del camino de nuestra vida, sino que es también esa gracia especial que Dios nos concede de que podamos unir nuestros sufrimientos a su Sacrificio que nos redime y santifica.

Mientras más se dedican a la oración las almas que pertenecen a las Obras de la Cruz están en mayores posibilidades y sienten más facilidad para comprender este espíritu. Así se explica por qué, mientras más se estudia ese espíritu en la oración, se enciende cada vez más el amor a estas Obras.

Réstame tan sólo una conclusión, más bien un deseo, que esperamos pueda convertirse pronto en una realidad: Los sacerdotes que tratan a las almas íntimamente se dan cuenta del sinnúmero de las almas que desean llevar una vida más perfecta, de más unión con Dios, de más trato con Nuestro Señor, de más oración en una palabra.

Ojalá que los Directores del Apostolado de la Cruz se ocupen por ayudar a los socios a llegar a esa vida de oración, ya que es fácil lograrlo por la relación que existe entre el Apostolado de la Cruz y la oración. Ojalá que todos los días, el sacrificio y las penas recibidas con fe y con amor, nos lleven cada vez más a la oración, nos desprendan de las criaturas y nos eleven hasta nuestra plena unión con Dios.

SALVADOR SANCHEZ, M.Sp.S.



LITURGIA

EVOLUCION DE LA CASULLA

COMO VIMOS al principio, la casulla era una vestidura amplísima, que envolvía al sacerdote por todos lados, en amplios pliegues, y llegaba casi hasta el suelo. Solía tener 1.50 m. de alto por 1.65 m. de ancho. Por eso era necesario plegarla sobre los brazos para que estos quedaran expeditos. Naturalmente que debía hacerse de una tela flexible, fácil de plegar, todo lo contrario de tiesa y rígida.

Esta es la *casulla de forma antigua*. Así fue durante doce siglos: un manto amplio que caía en numerosos pliegues, lleno de nobleza y dignidad, y de una extrema sencillez, pues no tenía o casi no tenía adornos.

Y en algunos lugares así se conservó hasta el siglo XVI. ¡Una tradición de 16 siglos —en 19 que lleva de vida la Iglesia— ya significa mucho!

Pero en otras partes, a partir del siglo XII —y aun un poco antes—, se empezó a recortar la casulla, principalmente de los lados, pero también de adelante y de atrás, y se le fue dando la forma de escudo. Esta forma tenía, como la anterior, 1.50 m. de largo, pero era menos ancha, 1.40 m., y con menos pliegues.

Esta es la *casulla medieval*.

La tendencia a recortar la casulla sólo por comodidad —motivo nada laudable— alarmó a S. Carlos Borromeo —el gran restaurador de la disciplina religiosa en el siglo XVI— y ordenó que por lo menos tuviera 1.30 m. de ancho por otro tanto de largo.

Esta es la forma de *casulla* llamada de S. Carlos Borromeo.

En el siglo XVIII, Benedicto XIV —sabio canonista— protestó también contra estas mutilaciones de la casulla, por las que cada vez perdía más su forma primitiva.

Sin embargo, —asegura Dom Leclercq— en Francia, Bélgica, Austria y sobre todo España y sus colonias, los fabricantes de ornamentos se aplicaron a la tarea de cortar, recortar y mutilar más y más las pobres casullas y, para mayor fealdad, las hicieron acartonadas, rígidas, pesadas y de una extrema vulgaridad.

Hasta el siglo XVI casi no hubo sino una sola forma de casulla para todo el rito latino. Nótese esto bien. A fines del siglo XVIII y principios de XIX llegó la casulla a su mayor decadencia, y así nacieron las formas de casullas nacionales, es decir, propias de cada país: *la forma francesa, austríaca, española, italiana, etc.*

Nótese bien que decimos "*italiana*" y no "*romana*"; porque el término "*romano*" se presta a confusiones. Si entendemos por "*romano*" lo que aprueba Roma, es decir, la Santa Sede, todas las formas de ornamentos, tanto en el rito latino como en los demás ritos de la Iglesia Católica actualmente en uso, habría que llamarlas "*romanas*". Si con ese término queremos distinguir la forma de casulla que se usa en Italia, es más exacto llamarla "*italiana*".

Después de la casulla de S. Carlos Borromeo, viene la *de Gavanti*, Maestro de Ceremonias en Roma. En su "*Thesaurus Sacrorum Rituum*", pide para la casulla 1.30 m. de largo por 86 cms. de ancho.

Siguió disminuyendo, en lo largo, a 1.10 m; 1.00 m, 85 cms.; y en lo ancho, a 70 cms., 65 cms., 55 cms.

Finalmente, se recortó tanto que, por delante, apenas llegó a las rodillas y en la parte superior se redujo a una tira de unos 12 cms. por cada lado. Imposible reconocer la antigua y tradicional casulla en esta especie de escapulario, semejante al que usan los religiosos de las Ordenes antiguas.

Los fabricantes de ornamentos no pararon aquí, sino que les pareció mejor modificar el corte recto de la casulla y transformarlo en una línea retorcida, sobre todo en la forma española. Esto ha dado lugar a que escritores respetables hayan ridiculizado estos desmanes. Por ejemplo, el ilustre artista inglés, Welby Pugin, dice que "*son semejantes a estuches de violín*", expresión que hace suya el respetable liturgista Van der Stappen. Otros dicen que con esas vestiduras se da la apariencia de "*grandes coleópteros*" o de "*sandwich-man*", o sea, esos hombres que llevan un gran anuncio por delante y otro por detrás. Y el terrible León Bloy decía: "*Son tan ricos como feos los ornamentos modernos...; ¿quién librará al Santuario de esos escapularios rígidos y sin gracia que en nada se parecen a las vestiduras sencillas y amplias, que llevaban los sacerdotes en otro tiempo?*"

Y no se juzguen como faltas de respeto esas expresiones; porque lo que se censura son las extravagancias de los comer-

cientes que han puesto su mano sacrílega en los ornamentos sagrados para desfigurarlos.

Para convencernos de ello, vayamos a nuestras Catedrales donde se guardan magníficos ornamentos toledanos: son moderadamente amplios, flexibles, que caen en línea recta. Esa es la genuina forma española y no la que ofrecen los comerciantes.

La forma italiana ha sido la mejor librada de esa decadencia del renacimiento, pues ha sido siempre flexible y más ancha que las otras formas.

* * *

Pero vino al fin una reacción favorable, una renovación litúrgica iniciada por Dom Guéranger, llamado con razón "*el doctor litúrgico*"; y en la Abadía de Solesmes volvieron a usarse las amplias casullas romanas. No era una *innovación*, sino una *restauración*. Pronto siguieron este ejemplo las demás Abadías benedictinas y otras Ordenes monásticas.

El clero diocesano no se quedó atrás en este movimiento: los Obispos gustaban de pontificar con casullas amplias en las catedrales de Malines, Londres, Paris, Múnich, Viena, Lyon, Colonia, Brujas, etc.

El Sínodo IX de Moulins prescribió que las casullas tuvieran 1.20 de largo y que por los lados cayeran 50 cms. a partir del hombro.

El P. Lacordaire obtuvo la autorización para que los dominicos franceses usaran ornamentos amplios.

El primer concilio provincial de Westminster los prescribió para Inglaterra (1889).

En Roma actualmente se usan en varias iglesias, como en Santa Sabina, en San Sebastián, en las Catacumbas. Pío IX las usó más amplias que las de S. Carlos Borromeo. S. Pío X las usó también y obsequió varias a las iglesias de Roma; y en la visita canónica de las parroquias de Roma, hecha en su nombre en 1904, se recomendó la amplitud de las casullas. Pío XI bendijo un gran número de casullas amplias para las catacumbas.

En México, los Misioneros del Espíritu Santo tienen un rescripto de la S. C. de Ritos que los autoriza para usar los ornamentos de forma antigua, así como a las Congregaciones religiosas a las que ayudan espiritualmente, a saber, las Religiosas de la Cruz, las Hijas del Espíritu Santo, las Misioneras Catequistas Guadalupanas y las Oblatas de Jesús Sacerdote.

* * *

Pero toda reforma suscita oposiciones y polémicas; y en el

calor de la lucha es difícil que guarden siempre la debida ponderación ni los que están en pro de ella ni los que están en contra. Así pasó en este caso. Algunos de los defensores de la renovación litúrgica, con poca prudencia, fueron demasiado lejos; los opositores lograron prohibiciones locales tal vez demasiado severas.

Se hizo entonces necesaria la intervención de la Santa Sede, con su decreto del 9 de diciembre de 1925. Este mismo decreto fue diversamente interpretado, ya en una forma estricta, ya en una forma amplia.

Después de 30 años, la controversia se ha calmado y se va haciendo la luz. De tal manera que en la actualidad se puede concretar el asunto en esta forma: 1) donde se usan los ornamentos amplios sin extrañeza de los fieles y con el consentimiento, a lo menos tácito, del Ordinario, se pueden seguir usando. 2) donde no se usaban y se trata de introducir su uso, el juez de la conveniencia es el Ordinario. Si juzga oportuno su uso, pedirá el rescripto necesario a la Santa Sede, la que en estas circunstancias lo concede sin dificultad.

Así por ejemplo en Francia, con excepción de 4 diócesis cuyos Prelados creyeron más conveniente seguir usando la forma francesa, en todas las demás adoptaron la forma amplia.

Por lo demás, una casulla cuya amplitud no exceda la de la casulla de S. Carlos Borromeo o la de Gavanti no necesita indulto para usarse, pues nadie puede poner en duda que estas casullas son romanas. Así lo enseñan liturgistas de nota.

J. G. TREVIÑO, M.Sp.S.



‘‘LA CRUZ’’

Apostolado Litúrgico de los Misioneros del Espíritu Santo

Ofrecemos a los sacerdotes, seminaristas, religiosas y fieles, todo lo relativo al culto divino: lino, brocados, ornamentos, vasos sagrados, misales, breviarios, liber usualis, misales de Dom Lefebvre para los fieles y demás libros litúrgicos.

Esta obra no tiene ninguna relación con otra que ha tomado el mismo nombre. Pida informes al Apartado 1580. México 1, D. F., o personalmente en las oficinas de esta revista.



UNA ESCENA SUBLIME

EL CONDE Alberto de le Ferronnays se había unido en matrimonio con una joven a quien amaba entrañablemente, pero que tenía la desgracia de no ser creyente. Todo su anhelo se cifraba en lograr su conversión.

Puso para ello todos los medios discretos: lectura de buenos libros, conversaciones con sacerdotes de reconocida piedad e ilustración y, sobre todo, el ejemplo de una vida cristiana y una constante oración que en secreto dirigía a Dios, pidiendo la conversión de aquella alma tan querida.

Pero un día, en la oración, tuvo el Conde una luz inesperada: en cambio de aquella alma, Dios le pedía el sacrificio de su propia vida...

Morir en plena juventud, arrancarse de aquellos brazos tan amados, dejar en la desolación un hogar que apenas se acababa de formar: ¿puede Dios pedir un sacrificio más grande?

Pero el Conde estaba a la altura de la voluntad divina: ¡no era mucho dar como precio de la conversión de aquella alma tan amada su propia vida, cuando Dios mismo la había dado primero!

Además, ¿qué importa esta vida que pasa, si sacrificando nuestra propia felicidad, logramos para nosotros y para los nuestros una felicidad eterna?

El Conde ofreció su vida por la conversión de su esposa. Dios aceptó el sacrificio y concedió la gracia. Y el mismo día en que el Conde recibía la Sagrada Comunión como viático, su esposa convertida recibía la Primera Comunión...

Monseñor Gerbet, que fue el sacerdote que administró esta doble comunión, escribió, sobre escena tan sublime, esta página admirable.

* * *

“De esas dos almas que Dios había hecho la una para la otra y que las había unido con el nombre de esposo y esposa, al mismo tiempo que abría ante ellos los horizontes dilatados de lo que en la tierra se llama felicidad; de esas dos almas, una llegaba por una voluntad libre y sincera a la verdadera fe, en el momento en que la otra llegaba por una muerte santa a la verdadera vida; una salía de las sombras del error, mien-

tras la otra salía de las sombras de la tierra; una se disponía a participar por la primera vez del más augusto de los misterios de Cristo, mientras la otra iba a recibirlo como la postrera transición entre la comunión de la tierra y la comunión eterna del cielo...

¡Qué cosa más santa, consoladora y deseada de los ángeles y de los hombres que estas dos almas pudiesen recibir cada una su comunión, o más bien una doble comunión, en el mismo lugar, a la misma hora, el uno al lado de la otra, como la víspera de un viaje en que nos vamos a separar tomamos en común un último ágape familiar!

Era también justo para el que iba a partir y que había pedido con todas las instancias de su fe por la que se quedaba, era justo que viese con sus últimas miradas descender a ella al mismo Dios con quien él pronto iba a unirse en el cielo, de manera que pudiese decir con toda su alma: "*Nunc dimittis servum tuum in pace...* Ahora, Señor, puedes despedir en paz a tu siervo; porque mis ojos han visto tu salvación, que no es ni la mía ni la de ella, sino la tuya, ¡oh Dios mío!"

* * *

"Y como el enfermo no podía ir a la iglesia a asistir al Santo Sacrificio de la Misa; por disposición misericordiosa, su habitación se convirtió en un santuario. Frente al lecho que era ya una especie de altar donde el moribundo, amigo de Cristo, ofrecía en sacrificio a Dios su propia muerte, se levantó un altar y un crucifijo donde el misterio de Cristo moribundo iba a renovarse. Se le adornó con flores y luces, porque una Primera Comunión es siempre una fiesta..."

Pero los bordados con que la mano de su esposa cubrió el altar recordaban otra fiesta: era el velo con que se había cubierto la desposada el día de la unión, tan distinto del día de la separación; después de haberlo guardado cuidadosamente, reaparecía de nuevo como para enseñarnos que las alegrías de este mundo no son sino el tejido de un día, demasiado frágil, y que nuestras esperanzas humanas no son sino un tenue adorno que se desgarrar..."

* * *

"De pronto, esa recámara a media luz hasta entonces, se llena de claridad con los cirios y las lámparas del altar, como la muerte más tenebrosa se ilumina para el justo con los rayos que Dios reserva para sus últimos momentos.

El sacrificio comenzó. Era la media noche... ¿Por qué se celebró a esa hora? —Puedo dar una razón que los hombres conocen; pero creo que los ángeles de Dios saben otras más, porque saben todos las misteriosas concordancias de los momentos, de las horas y de los números sagrados.

Era la hora del nacimiento de Cristo, que nos ha merecido la vocación a la fe y la predestinación al cielo; y también iba a tener lugar allí un doble nacimiento, uno a la fe, otro para el cielo: combinación rara y que supone una especial predilección de Dios.

Yo creo en esas armonías de las horas en favor de ciertas almas; creo que el tiempo, tan caprichoso, con tanta frecuencia tan rebelde para sujetarse a nuestros arreglos profanos, es, bajo la mano de Dios, de un ritmo dócil y suave, que obedece más de lo que nos imaginamos a las conveniencias de los elegidos.

El sacrificio, pues, comenzó a media noche. Toda la familia asistía y con ella el amigo fiel de todas sus penas". (Mons. Gerbet).

* * *

"No voy a tratar de decir los pensamientos, las emociones, que hicieron vibrar a todas aquellas almas: sólo Dios sabe lo que Él les hizo sentir. Como en un día en que el cielo está medio nublado, medio sereno, un relámpago lo atraviesa en un instante de un polo al otro, así pasaba con el sentimiento y la oración en medio de esta escena admirable.

Esos relámpagos del alma estaban de esta manera presentes a la vez sobre todos los puntos de la extensión inmensa que Dios ha dado al corazón del hombre, desde los pensamientos más dulces, hasta los más desgarradores.

Porque todos los contrastes estaban reunidos en aquella habitación sagrada; estaban allí representados, sensibles, vivientes:

ese altar lleno de flores y luces, que parecía sin embargo, adosado a un ataúd...;

esas flores que anunciaban, entre el doblar de la muerte, la aproximación de la primavera invisible y eterna...;

esa religiosa enfermera, con su hábito austero, que se erguía como una muerte velada frente al altar y a los ornamentos del sacerdote, símbolos de inmortalidad...;

esas vestiduras blancas de la Primera Comuni3n de la esposa de Dios que iban a cambiarse pronto en las vestiduras negras de la viuda del hombre...;

esa primera y esa última comuni3n mezcladas y unidas...;

esos sollozos y esas acciones de gracias que se confundían en cada alma...;

esa hostia dividida entre el esposo y la esposa, doble viático, para él de la muerte, para ella del dolor...;

toda esa familia sumergida en un silencio religioso donde no se oía sino el correr de las lágrimas... y, en medio de esa postraci3n general, sólo la cabeza del moribundo erguida sobre su lecho, dominando, tranquilo y sereno, todas aquellas cabezas doblegadas por el dolor..."

* * *

“Ese divino espectáculo, tan expresivo, tan elocuente, no era sino un velo que cubría otras maravillas santas: la que se quedaba había pedido la fe en lugar de la dicha; y el que partía, joven y feliz, había ofrecido su vida para que ella alcanzara la fe...

Y cuando vio que esta gracia descendía al fin del cielo, pero como una llama que, consumiendo su vida, consumaba el holocausto que había preparado; a la vista de todo esto, el moribundo, recogiendo sus fuerzas que desfallecían trazó, en algunas líneas y bajo la forma de una elevación a Dios, uno de los más sublimes testamentos de resignación tierna y de amor heroico que el alma de un cristiano ha inspirado al corazón de un esposo.

Después, dirigía sus pensamientos hacia los ángeles del cielo y sus miradas sobre los seres queridos que rodeaban su lecho de muerte; y esos dos espectáculos se mezclaban a las veces, de manera que por momentos parecían confundirse; Dios permitía esta dulce equivocación para que la transición de este mundo al otro fuese para él más suave y más sencilla”.

* * *

Al fin, se cerraron sus ojos a la luz de este mundo para abrirse los de su alma a la luz de la gloria...

“En el momento en que acababa de dejar la tierra, su imagen, grabada con los rasgos más hermosos en todos los corazones que lo conocían íntimamente, comenzó a crecer más en ellos, a transfigurarse, para que descubrieran de pronto, en los modestos papeles que había ocultado, las huellas luminosas de su alma, hasta entonces desconocida; semejantes a los destellos de luz que deja tras sí una aparición que se desvanece...

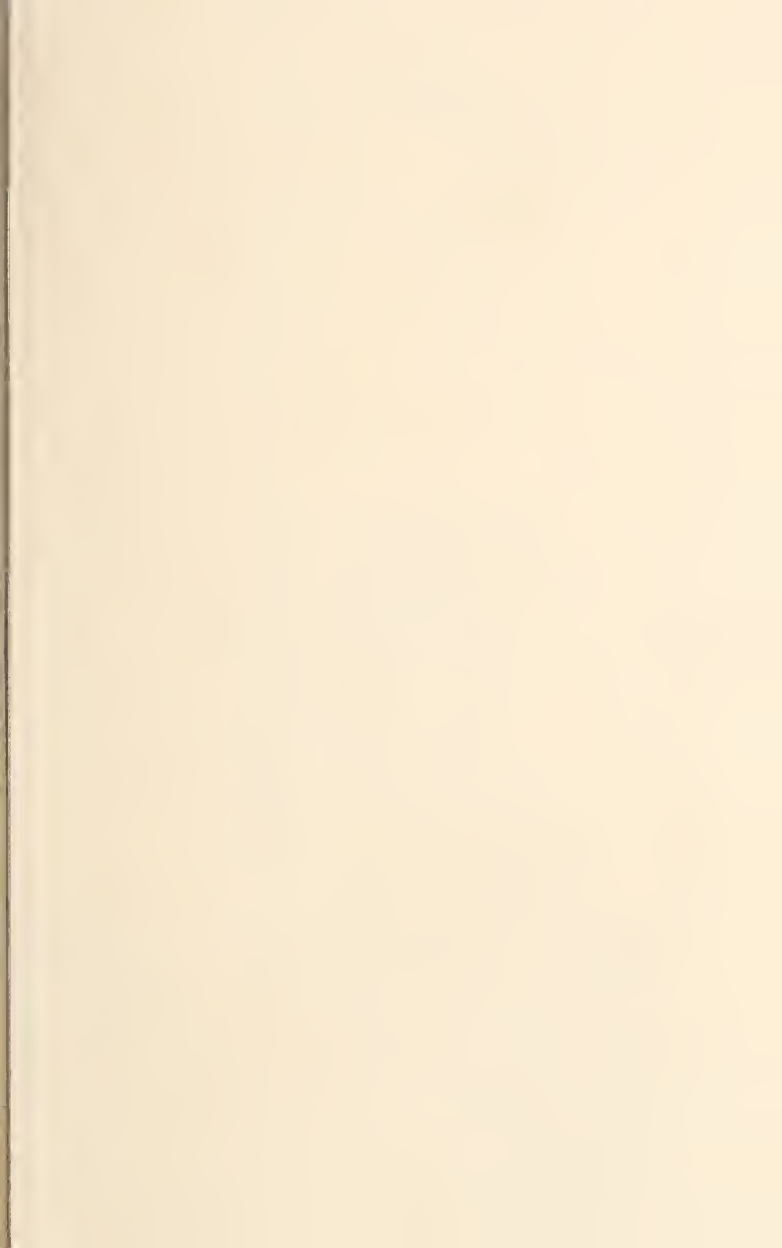
No puedo decir lo que vieron mis ojos, lo que sintió mi corazón...

He leído las meditaciones de los sabios sobre el mundo futuro, los he interrogado sobre los secretos de la muerte y de la vida; pero las claridades que entonces recibí se opacan ante las revelaciones que iluminaron esta santa y bendita noche.

¡Nunca he sentido tan vivamente de este lado de la tumba la presencia de lo que está del otro lado, en el más allá! ¡Nunca el velo que se extiende entre los dos mundos me ha parecido tan transparente; nunca he tenido una intuición semejante de nuestra inmortalidad!

Pido a Dios que me guarde este recuerdo para el instante de mi muerte; porque si reaparece entonces, pareceme que mi último sueño de la tierra irá a unirse, por una gradación casi insensible, a la primera visión que sigue al gran despertar de la otra vida, inmortal y eterna...”

SEMINATOR CHRISTI



Princeton Theological Seminary Library



1 1012 01458 1542

FOR LIBRARY USE ONLY.

